

meticulosidad con que establece las andanzas del núcleo primigenio de escritores "beat" y también por la cariñosa imparcialidad de la que hace uso para enfrentarse con un personaje tan frustrado artística y vitalmente como Kerouac. Allen Ginsberg —que colaboró abriendo sus archivos y sus recuerdos— habla de "tacto", "comprensión" y "dignidad" para describir la penosa tarea llevada a cabo por Charters. Cualidades que están ausentes del incalificable refrito del tal Silvester Wish, que no tiene inconveniente en transcribir párrafos enteros del original o en refundirlos con asombrosa torpeza; aparentemente, el inefable plagio confiaba en ocultar su delito con la simple eliminación de la introducción —donde Charters describe los hechos que la llevaron a escribir "Kerouac"— más los apéndices y fotografías que enriquecen el texto biográfico. Increíble.

Dejando aparte lo anecdótico del asunto y las posibles reflexiones sobre la ética del "underground", me irrita pensar que la edición de este libro dificulte la aparición de la obra de Ann Charters o de cualquier trabajo crítico sobre Jack Kerouac. Y es que ambos son necesarios. Ocurre que la obra de

Jack Kerouac nos ha llegado tarde y mal, arrojada en la aureola mítica de los pioneros de la "beat generation", protegido de cualquier intento de evaluación desapasionada por la piadosa cortina que la condición de "clásico difunto" interpone entre un autor y su producción. Despreciado por el "establishment" literario a causa de sus deficiencias formales, sus embrazosos flirteos con el budismo zen y su lamentable decadencia, Kerouac ha quedado convertido por el otro lado en uno de los santones de la contracultura, movimiento que repudió enérgicamente en sus días postreos. Un triste destino. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

DISCOS

Joaquín Díaz: "Preservar el romancero"

El folklore castellano tiene en Joaquín Díaz a su máximo estudioso e investigador, ya desde hace algunos años. A esa tarea viene dedicando mucho de su

tiempo, desde que allá por 1967 empezó a ofrecer los primeros resultados de su labor, en forma de recopilaciones discográficas. Ahora, el cantante vallisoletano ha publicado un profundo y amplio ensayo sonoro sobre el "Romancero" (1), fruto de la labor llevada a cabo por numerosos pueblos de Palencia, Zamora, Salamanca y Valladolid, magnetófono en mano, siempre en busca de los documentos etnográficos y orales que recuerdan a nuestros antepasados y preservan, aún hoy, esa tradición popular. El álbum editado comprende cinco discos, y una generosa, exhaustiva información sobre los temas recogidos, así como sus respectivos textos. Sobre este trabajo, el propio Díaz explica: "Es sorprendente descubrir que en todos los pueblos que he recorrido existen dos o tres personas que saben a la perfección las viejas canciones tradicionales, los romances y coplillas, procedentes muchos ellos de la Edad Media o incluso antes. Se convierten, así, en detentadores y también en preservadores vivos de una historia oral y transmitida de generación en generación. No importa que la cultura rural, donde se produ-

(1) Joaquín Díaz. *Cancionero de romances*. Movieplay 27.0002/7.



Joaquín Díaz.

cen estas manifestaciones, haya sufrido una fuerte agresión por parte de la cultura urbana y sus poderosos medios de comunicación: mientras existan esas personas, receptivas y receptoras, y gentes que deseen conservar sus folklores, la canción popular de nuestros antepasados —patrimonio, por tanto, de la comunidad— no debe perderse".

Joaquín Díaz, amigo personal tanto de Agapito Marazuela en nuestro país, como de Peter

ADIOS A LAS LETRAS

Luca del más allá

No he leído la novela *Carta del más allá*, del académico Luca de Tena, a pesar de que el ABC me advierte todos los días que se trata de lo que los ingleses llaman un must, algo que no debes dejar de hacer.

No me gusta obedecerle al ABC. Carmen Conde
Torcuato Luca de Tena.



si le obedece, que para eso ella es una señora de orden que debe leer a Ruiz Gallardón cuando no sale, para deleite de sus ojos, el *Mirador literario* con las glosas innumerables del río de libros de Pedro de Lorenzo, que de tanto escribir ya parece un seudónimo.

Por eso no he leído *Carta del más allá*. Los libros que no se leen deben ser imaginados, porque así todo es más frondoso. Yo me imagino esa carta dirigida, pongo por caso, al general Franco, que la recibiría con el mismo agrado circunspecto con que leería la *Carta de ayer* de Luis Romero o aquella novela casi erótica con que se nos descolgó en pleno franquismo el autor que ahora nos ocupa.

Pero la carta viene del más allá, de modo que muy bien pudiera una imaginársela escrita por el almirante Carrero o por otros seres recientes de los que tiene memoria el personal autóctono y, de manera especial, parece ser, el humorista Martín Morales, que nos dibuja al susodicho almirante al volante del coche que jamás condujo. Lo que no me explica es cómo Martín Morales conserva tiempo, después de trazar cuidadosamente las cejas de su personaje, para subdijir *La (nueva) Codorniz*, que se estrenó quitándole la sotana al cura Aguirre y no quitándole nada a la duquesa de Alba. Hay que comprenderlo, porque las codornices no son aves rapaces que andan por ahí quitándole todo a todo el mundo. Son

aves selectivas. Sólo quitan lo que sobre, como Carrero Jiménez, el bandolero del centro.

Así que Torcuato Luca de Tena no habrá escrito *La edad prohibida de nuevo*, porque podría interpretarse que se suma a la ola de erotismo que nos evade.

Lo que espero con absoluto optimismo es lo que vaya a decir Gonzalo Torrente Ballester —cojo, mlope y ahora salmantino, pero clarividente— acerca de esa carta que se ha sacado de la manga el académico Luca, su colega. Cuando don Torcuato publicó *La edad prohibida*, Torrente lanzó así su chorro de voz: "¡es una obra! sin especial acierto en la materia y en el modo".

Pero la presenta Carmen Conde, que ahora es una gloria inmortal de nuestras letras. Rosa Chacel, que no pudo ser académica y se queda en escritora, estará revolcándose de gusto ante el resultado de la votación por la que salió académica la señora Conde. Según la citada votación, Carmen Conde tendrá que presentar todavía más de una docena de libros de quienes la votaron en aquella histórica asamblea. Mientras que doña Rosa sólo estará obligada a dar su voz y su texto a tres o cuatro académicos que además publican muy poco.

Hay sillones inmortales que le sientan a uno en el más allá pero que cuestan un ojo de la cara ■ SILVESTRE CODAC.